

saharauí. Desde entonces, no han cesado de organizarse recolectas de medicinas, alimentos, ropas, dinero, etc., con destino al Frente Polisario, así como actos culturales, musicales y políticos con el mismo fin. Manifestaciones en plena calle (algunas con enfrentamientos con la Policía y Cristo Rey) han sido una constante en el panorama político insular en los últimos dieciséis meses. Concretamente, en estos días pasados, en que se conmemoraba el primer aniversario de la RASD, tenía lugar en las dos provincias de Canarias una Semana de solidaridad con el pueblo saharauí, que en las primeras jornadas sembró las calles de las islas con banderas pintadas del Frente Polisario y canaria. Esta semana se interrumpió ante la gravedad del convenio pesquero hispano-marroquí. Siempre Canarias entendió que la conquista de la independencia para el pueblo saharauí era pieza clave en su propio destino político.

En este contexto sociopolítico salta a la luz pública el texto íntegro del acuerdo pesquero de España con Marruecos, cuando de otro lado meses atrás había tenido lugar en Las Palmas y Lanzarote el Simposio de Derecho Marítimo (donde se pidieron las aguas territoriales para Canarias), organizado por la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas, y la tensión política se centraba en las numerosas detenciones de miembros del MPAIAC.

La burguesía canaria, que hasta el momento no se había manifestado abiertamente en cuanto al problema de la descolonización del Sahara, sí parece preocuparse profundamente por las repercusiones de este convenio pesquero, que, como dice la prensa canaria, "condena a las islas a cinco años de agonía". Esta misma prensa ha sido unánime en el tratamiento enérgico y exhaustivo del problema. "La Provincia", "Diario de Las Palmas" y "El Día", especialmente, han dedicado estos días espacio al tema con grandes alardes tipográficos. A través de la prensa, la opinión pública se ha indignado. "¡Nos venden a Marruecos!", es exclamación que ya ha sonado hasta por la radio. El hombre de la calle comienza a especular sobre su destino: "¿Tendremos mañana un carnet de identidad marroquí?". Hassan debe estarse mordiendo de risa.

Primero, once organizaciones políticas y sindicales, y luego quince suscribieron un documento (ya conocido por el "documento de los quince") en el que se denuncia el acuerdo pesquero, se solicita su no ratificación, se piden medidas de promoción para la pesca en Canarias, se exige un estatuto de autonomía para las islas y se censura el acuerdo tripartito de Madrid, reprobando la penetración marroquí en Canarias. Este documento sería entregado al alcalde de Las Palmas, Ortiz Wiot, tras una concentración de más de mil personas en la plaza de Santa Ana, a la que siguió una manifestación con cientos de pancartas y bande-

ras canarias. Días antes, en Tenerife, a la salida de un recital del grupo canario Los Chincanayros y los cantautores cubanos Carlos Puebla y sus Tradicionales, se había realizado, igualmente, una manifestación de dos mil personas donde se pedía la libertad de los nacionalistas detenidos y la solidaridad con el pueblo saharauí. En este clima de efervescencia y movilizaciones populares, la Mancomunidad de Cabildos de Las Palmas se adelantaba a formular su repulsa al acuerdo pesquero ("la Mancomunidad no puede ni debe desconocer los sentimientos de general desilusión y descontento pleno que ha producido su contenido", dijo Olarte Cullen, presidente). Una asamblea entre organismos oficiales y partidos políticos (desde Unión Canaria hasta el PTE) en el propio seno del Palacio Insular grancanario, marcaría una fecha histórica en las islas. José Carlos Mauricio, secretario regional del Partido Comunista de España en Canarias, sería de los oradores más duros: "El Gobierno actual no se acuerda de Canarias. No sólo no se acuerda, sino que, si fuera necesario, la sacrificaría igual que ayer sacrificó el Sahara". Un grito unánime de autonomía para Canarias ha sido la respuesta general y automática que se ha generado en los distintos sectores de la sociedad desde que se ha conocido el alcance para las islas del presente convenio pesquero. A nadie han convencido las declaraciones de Víctor Moro, director general de Pesca, cuando dijera: "No quiero pensar cuál sería la situación, singularmente de las islas Canarias si este acuerdo no llegara a materializarse", o cuando espetara aquello de que el tema estaba siendo objeto de politización de las islas, después de asegurar que las partes interesadas fueron debidamente consultadas. Si bien es cierto que fueron tenidos en cuenta los armadores afincados en Canarias, también lo es, como se ha destacado públicamente estos días, que el problema no es sólo económico, sino fundamentalmente político para las islas, como ya venía repitiendo la oposición canaria desde hacía mucho tiempo. Los armadores, con unas perspectivas económicas a corto plazo, como es natural, son partidarios de la ratificación inmediata del convenio.

En estos últimos días ha crecido como una pompa de jabón la incertidumbre entre la población canaria de que a sus espaldas se está urdiendo todo un plan inimaginable de "sacrificar" las Canarias: los 3.525.000.000 y todo el acuerdo pesquero hispano-marroquí son, en opinión de la mayoría, nada más que el principio de lo que se avecina. En el momento de redactar estas líneas se preparaban, por parte de la oposición, convocatorias para manifestaciones y actos de masas en señal de protesta (mientras en diferentes puntos se organizaban diversas manifestaciones pidiendo adhesión popular). ■ GRUPO MARTIN-CARMELO. Foto: RODOLFO.

Los
Contem
pora
neos

EL CIUDADANO ENREJADO

EL alcalde de Madrid está poniendo vallas metálicas en las calles. Es una operación sin duda muy cara. Pero su capacidad de ocasionar molestias a los ciudadanos es tan elevada que sin duda compensa la inversión. La molestia, el mal humor, el fastidio han agitado ya sus medios habituales gratuitos y es preciso acudir a los sistemas caros. Sobre todo cuando tienen un importante valor simbólico. La reja, la verja, son sin duda un símbolo de gran capacidad de su gestión. Casi al mismo tiempo se han enrejado los campos de fútbol: que nadie olvide que la libertad es siempre provisional. Cuando es algo.

El ciudadano enrejado recupera así un valor zoológico que hubiese querido perder. Btpedo triste y gruñón, camina por las calles apesurado, con los brazos pegados al cuerpo para librarse del roce de los demás, buscando algún hueco entre las verjas para poder cambiar de acera o enderezar su dirección. El alcalde nos ha hecho simios, nos ha encarcelado en nuestras propias calles. O en sus propias calles: las vallas siempre se han puesto para proteger una propiedad, y está claro que quien las pone es el propietario. El alcalde está protegiendo sus carriles de autobús y taxi del peligro de ser dominados por los peatones.

Hace tiempo ya que la calle dejó de ser una zona libre. Lo ha dejado de ser, también, el campo. Ya no hay campo: hay zonas valladas, tapiadas, protegidas con carteles de prohibición y por guardas con escopetas. Ya no se puede acampar, ya apenas se puede pasear. Pasear es un verbo anticuado. Va siéndolo, también, otra serie de verbos: charlar, sonreír, distraerse. Hay palabras como ocio, ameno, divertido, que pierden peso específico cada día. En esta democracia...

Cada mañana nos sorprende el espejo del cuarto de baño con un gesto más hosco que el día anterior. Se le ha ido la sonrisa por el azogue. Cada mañana nos encontramos más aguda esta sensación de que nos están uncando a un carro. Viejos buyes ibéricos o mulos cansados. ¡Empezar otra vez! Cargarse el día a la espalda, leer con hastío unos periódicos que nos hablan de asesinatos y otras muertes similares, de tensiones, de apuros, de dificultades. De normas, de disposiciones, de estatutos. De cárceles de papel sobre cárceles de pensamiento.

El mono humano ya está censado. Se le está arrancando su esencia cada día, cuando más se le promete. Ahora su vieja selva, antes de la llegada de las normas. Está viendo el mundo cuadrado o rayado, según el tenor de las rejas que se le van poniendo. Todo son ya corredores, laberintos, señales parlovianas, órdenes que le llegan alvidando el lenguaje hablado y reducidas a esquemas: el semáforo, el silbato, la pancarta, el grito por el megáfono. El claxon, el gesto hostil y obsceno, la mano indicativa, imperativa.

Y ahora, las verjas. Caminamos por las calles estrechas, entre los muros avanzados y las rejas que nos comprimen, con una sensación de campo de concentración urbano. Vamos al fútbol y nos vemos enrejados. Por malos. Todo nos pasa por malos, por no saber comportarnos. Ellos nos dan democracia, nos dan la opción de la libertad, nos lo permiten todo. Pero nos sobrepasamos. Y nos enrejan. ■

POZUELO